

## EL LATÍN VULGAR: ORIGEN DEL LATÍN CLÁSICO

*Henry Campos Vargas\**

*A don Manuel Antonio Quirós,  
mi agradecimiento y admiración.*

### RESUMEN

Este ensayo pretende mostrar cómo un amplio sector del llamado latín clásico se originó en el latín vulgar. Con este propósito, se toman como base algunos de los fenómenos que describen la transformación del latín en las lenguas romances.

**Palabras clave:** Latín vulgar, latín clásico, lenguas romances, Varrón, morfología.

### ABSTRACT

This paper shows how a wide sector of the so called "Classical Latin" originated itself in Vulgar Latin. To this purpose, some of the phenomena describing the transformation of Latin into Romance Languages are hereby taken as basis.

**Key Words:** Vulgar Latin, Classical Latin, Romance Languages, Varro, morphology.

### 1. Introducción

Tradicionalmente, el estudio del latín vulgar asume, al menos, dos perspectivas principales: primero, como registro especial del diastema del latín; esto sería equivalente a un estudio del latín vulgar en sí mismo; por otro lado, como un referente en función de la evolución hacia las lenguas romances. Sin embargo, en pocas ocasiones se valora como parte del proceso de evolución que condujo al surgimiento del maravilloso latín clásico. En el presente artículo, los instrumentos con que a lo largo de los años se ha estudiado el latín vulgar serán empleados para apreciar su contribución al desarrollo de lo que conocemos como latín clásico.

Procesos idénticos a los que dieron lugar a las lenguas romances condujeron, en su momento, a la formación del latín clásico: la lengua vulgar es el motor de toda lengua, pues primero se habla y luego se escribe.

El latín vulgar transformó la lengua latina (no sólo la clásica, referida al estadio de esa lengua durante el siglo primero antes de Cristo). Afectó la morfología de las palabras, su prosodia, fonética, semántica, sintaxis, ritmo, velocidad, pragmática y gramática en general. Se caracterizó, además, por encontrar asociado a sí un léxico particular (entre el que se encontraban palabras soeces, expresiones vulgares y giros idiomáticos); además, también contó con una literatura particular en la que destacan géneros como el cuento popular, canciones, leyendas,

---

\* Profesor de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura, Universidad de Costa Rica.  
*Recepción: 15/10/09 Aceptación: 3/5/10*

prácticas lingüísticas como adivinanzas, máximas de sabiduría popular, “graffitis”, carteles ... Su importancia destaca desde diversos puntos de vista; por ejemplo, lingüístico (los sintagmas), literario (epigramas, graffitis), cultural (visión de mundo), destacando por su interacción con el latín en todos sus registros: escrito, religioso, de clase, etcétera.

El latín vulgar no fue únicamente latín. Recibió préstamos de otras lenguas. Por ejemplo, un conjunto reducido de palabras germánicas, cuya presencia en casi todas las lenguas romances permite colegir que integraron el léxico general del latín vulgar: *ardido* (osado), *falda*, *lancea* (lanza) son voces hispanas según Varrón; *gūrdus* (gordo), también, de acuerdo con Quintiliano; *cervesia* (cerveza) procede de la Galia según Plinio; *braca* (braga) es céltico; *camisia* (camisa) céltico o germánico (fue empleado por San Jerónimo). Muchas de éstas son voces que pasaron al latín clásico.

La interacción entre el latín vulgar y el clásico no sólo fue contemporánea, sino que precedió al nacimiento del propio Cicerón. Por eso, en las formas clásicas, es posible encontrar la aceptación de cuantiosas formas que, con el curso de los años, “ascendieron” de la expresión “vulgar” a la “escrita”.

La existencia de palabras con dos o más grafías, en muchos casos acredita complejos procesos fonéticos que remiten a la oralidad latina: *exsero* / *exero* (sacar) manifiestan la imposibilidad de pronunciar *s* luego de *x*. El uso oral *exero* condujo a una eventual forma escrita paralela que posteriormente fue gramaticalizada.

La presencia de verbos con regímenes complejos es muestra también de la gramaticalización de otros usos del latín.

*Habito* originariamente fue un verbo transitivo tal y como muestran estas construcciones: *casas humiles habito* (vivo en chozas humildes) o *urbes habito* (vivo en las ciudades). Sin embargo, coexisten con usos intransitivos como: *in Sicilia habito* (vivo en Sicilia). El verbo *respondeo*, en un sentido semejante, evolucionó de formas con régimen en dativo a usos con adyacentes preposicionales:

*epistulae respondeo* -adyacente en dativo- / *ad epistulam respondeo* -adyacente preposicional- (respondo a la carta) y *alicui rei respondeo* / *ad rem respondeo* (respondo a algo). Usos transitivos de este verbo destacan en la estructura: *aliquid alicui respondeo* (respondo algo a alguien).

Diversos empleos de *rogo* y *quaeso* (literalmente: le ruego, le pido, o su equivalente en español, “por favor”) ilustran su uso intransitivo en el latín coloquial como fórmulas de cortesía.

Igualmente, *intro limen* (atraveso la puerta, forma transitiva) coexiste con *intro in Capitolium* (entro en el Capitolio, con adyacente preposicional).

Todos estos empleos fueron gramaticalizados en el latín y traen a la memoria la evolución que culminó con el sistema preposicional de, por ejemplo, el romance español.

## 2. El concepto de “clásico”

*Clásico* es un cultismo que proviene de *classicus*, voz que expresa la idea de excelencia. Evolucionó a otras lenguas, por ejemplo, *clássico*, en portugués, *classico*, en italiano, *classique*, en francés, *classic*, en inglés, y *klassisch*, en alemán.

Los filólogos alejandrinos imprimieron en el concepto la noción de alto nivel cualitativo, al crear el Canon Alejandrino. Los autores que integraban el canon se leían en las *classes* escolares, que constituían prototipos por ser imitados, lo cual, ineludiblemente, ofreció la connotación de autoridad: autoridad y excelencia son nociones asociadas a lo clásico.

*Classis prima homines*, hombres de primera clase (es una connotación económico-social existente entre los romanos).

*Classici scriptores*, escritores clásicos, de primer rango por sus obras literarias de primera clase, que, por esto, producen autoridad.

Latín clásico, por lo tanto, se refiere a una literatura de clase, un registro, además, estilo. Es producto del triunfo de la razón sobre la materia lingüística, en contraposición al carácter instintivo de, por ejemplo, la lengua hablada.

No obstante, en el siglo XVIII, la antigüedad greco-romana fue catalogada en bloque como el punto culminante de un período histórico con su movimiento artístico, clásico *par excellence* (Quirós 2004: 65). Por lo que, en general, toda la literatura del período es considerada clásica, independientemente de su proximidad o no a los más rigurosos criterios gramaticales y estilísticos.

### 3. ¿Qué es el latín vulgar?

Por mucho tiempo, el latín vulgar ha sido ignorado. El enfoque de la gramática autónoma o formal no propiciaba su estudio, ya que la gramática tenía una existencia enteramente independiente de sus usos comunicativos.

El latín vulgar debe distinguirse de algunas de sus manifestaciones históricas, entre otras:

- a) el latín arcaico;
- b) el latín que se escribía en la decadencia del Imperio Romano; y
- c) el bajo latín, usado en la Edad Media.

Los dos últimos siempre estuvieron más cerca del latín clásico que del vulgar. Sin embargo, en su construcción, posiblemente se acercaron a aquél.

Es difícil distinguir entre el latín vulgar y el latín arcaico durante el período que antecede a la formación del latín clásico. El latín arcaico es el latín del período de formación y consolidación de la lengua; sin embargo, se proyecta fundamentalmente en el plano escrito, aunque incidió en el habla. En este período se simplifica el problema geográfico ulterior que caracterizará al registro vulgar: carece de problemas de ubicuidad, al no estar presente y variar a través de áreas geográficas diversas (su desarrollo estaba limitado, en ese momento, a la península itálica).

El latín vulgar equivale, “grosso modo”, al latín coloquial del vulgo, aunque permeó los estratos más altos de la sociedad romana en todos los tiempos.

Uno de los mayores inconvenientes para su estudio es el de sus fuentes: su oralidad hizo

difícil su conservación. Para la mayor parte de los especialistas, la única manera de acceder a su conocimiento es la vía escrita, o, de manera indirecta, a través del estudio de las características de las lenguas romances en su evolución histórica; en este último caso, la comprensión de la lengua oral española contemporánea (en el manejo de los acentos, por ejemplo) es, aunque remota, una de las vías para acceder a su conocimiento. Sin embargo, también es posible su estudio a través de las formas del latín clásico.

En el ámbito escrito, la comedia romana es un género que aproxima bastante a su realidad; otros, los fragmentos arcaicos, “graffitis” y comentarios de gramáticos antiguos, todos estos considerados fuentes primarias.

En el segundo, se opera sobre la vía de la restitución hipotética de las formas vulgares por medio de la comparación de los idiomas neolatinos. Por ejemplo, es posible deducir una forma vulgar \**acutiare*, derivado de *acutus*, participio del clásico *acuĕre*, a partir del español *aguzar*; *aguçar*, en portugués; *agusar*, en provenzal; *aiguiser*, en francés y *aguzzare*, en italiano. Así, se ha determinado que la *ĕ* latina acentuada se pronunciaba en el latín vulgar con sonido abierto, el cual, en español, produjo el diptongo *ie*. De esta manera, del clásico *fĕra* deriva *fiera*, en francés *fier*; del clásico *pĕdem*, se dice *pie* en español, *piede* en italiano y *pied* en francés; y de *mĕtus* procede *miedo*.

### 4. El latín vulgar y la transformación de las voces clásicas

La escritura latina, en general, reflejó su fonética. Sin embargo, hay excepciones que, afortunadamente, gracias al contexto polémico en donde tuvieron lugar, permiten distinguir con claridad la diferencia entre cómo se escribía y cómo se pronunciaba. Es famosa la polémica en este sentido entre Accio y Lucilio. El primero, abogaba por una especie de escritura fonética en relación con las vocales largas (*aa* representaba, a manera de ilustración, una *a* larga). El segundo, en cambio, propuso un convencionalismo, escribir *ei*, por ejemplo, para la desinencia plural larga.

Es evidente, en este caso, que los latinos nunca pronunciaron *ei* por *i*.

El habla de una lengua varía continuamente a través del tiempo y el espacio. Incluso, factores económicos y políticos inciden de manera importante en su expresión: los grupos de poder pocas veces han querido hablar como los humildes hombres del mercado. El latín no fue la excepción.

Contra el parecer de Herrero (1971: 21), la lengua latina culta y el latín vulgar no siguieron líneas de desarrollo distintas a partir de la Edad Media: aunque tuvieron constantes momentos y puntos de contacto, en general, puede afirmarse que siempre fueron registros de habla distintos. La ausencia de un centro de poder político y lingüístico fuerte, durante la Edad Media, aceleró los procesos de transformación. Ni siquiera la propia Iglesia “trató de unificar la pronunciación del latín, para no oscurecer la inteligencia de los textos litúrgicos con una pronunciación diferente de la vulgar; incluso, en el concilio de Tours, se prescribió al clero que explicase al pueblo los libros sagrados *in rusticam romanam linguam*” (Herrero 1971: 21-22).

El latín vulgar no solamente afectó la fonética de las palabras, sino su ortografía: rasgo éste que ha permitido, en la actualidad, aproximarnos, de alguna manera, a su realidad.

En el latín medieval, la *e* y la *i* se pronunciaron de igual modo, al igual que la *o* y la *u*. La *y* se pronunciaba *i*, los diptongos *ae* y *oe* sonaban *e*, mientras que *au* se confundía con *o* (Herrero 1971: 22).

La grafía medieval comprueba que el diptongo *ae* se pronunciaba *e*: *meror* (*maeror*) y *spera* (*spaera*), uso que data del siglo II de nuestra era, encontrándose en inscripciones peninsulares, y, en opinión de Linday y Seelman, se generalizó a partir del siglo IV (Herrero 1971: 107). Durante la época imperial, se presentó un tránsito especial en algunas palabras de *au* > *a*, por ejemplo: *asculto* por *ausculto* y *Agusto* por *Augusto* (Herrero 1971: 50). Sin embargo, en algunas ocasiones, el diptongo *oe* se pronunciaba *i*, así se encuentra *Agroecius* y *Agricius* (falso Capet, de Agrecio -Desbordes 1995: 169).

Algo semejante había ocurrido entre el campesinado romano: Festo atestigua que era común el rusticismo *orum* por el urbanismo *aurum*, y *oricula* por *auricula*. Varrón considera igualmente rústicas las pronunciaciones *hedus* por *haedus*, *mesium* por *maesium*, *Cecilius* por *Caecilius* (*Ling. Lat.* V, 97). Servio (*Ad. Aen.* I, 344) y Pompeyo previenen contra pronunciar *miserē* por *miseræ* y *ēquus* por *aequus*. Son muestras de cómo el vulgo tenía su propia pronunciación cuando dichos diptongos se pronunciaban como dos vocales entre los hablantes más cultos.

He aquí algunos ejemplos extraídos del latín renacentista:

Hacia el siglo XVI, Vicente Español consideraba que, aunque se trataba de hablar latín en Europa, duraba *el castigo de la torre de Babel* (Herrero 1971: 23), “Escalígero llegó a escribir en una de sus cartas que el latín de un docto humanista inglés le resultaba tan incomprensible como el turco” (Herrero 1971: 23).

En su *De recta latini sermonis*, Charles Estienne reprocha los numerosos errores del latín de su época, entre otros: *lloria pro gloria*, *geratia pro gratia*, *iermen pro germen*, *Iallus pro Gallus*, *maguenus pro magnus*, *dinus pro dignus*, *kia pro quia* (Herrero 1971: 23).

La expresión perifrástica del latín vulgar sustituyó el carácter sintético de la gramática latina; por ejemplo, en el genitivo plural sintético: *cervorum* era para el vulgo *de cervos*; en el comparativo sintético, *grandiores* correspondió a la perífrasis *magis grandes*; la terminación pasiva *amabantur* fue expresada como *erant amati* y el futuro *cantabo* se transformó en *cantare habeo*.

## 5. El latín vulgar y el surgimiento de la gramática latina

El alfabeto no fue inventado por los romanos; fue el legado de los etruscos (aunque se basó en el alfabeto calcídico de Cumas, muy próximo al alfabeto griego occidental (Herrero 1971: 10). Esto comportó un esfuerzo continuo y permanente por adaptar la forma oral de la

lengua a la escrita: esta última, en muchos casos, parecía insuficiente.

Fueron reiterados los esfuerzos de los pensadores romanos por encontrar una grafía adecuada que reflejara la pronunciación. De esta lucha, es testigo silencioso la evolución y surgimiento de propuestas en el alfabeto.

Esto comprueba un principio elemental: aunque la representación gráfica fue de gran utilidad para los habitantes del Lacio, siempre fueron conscientes de las limitaciones e imperfecciones del sistema gráfico.

El alfabeto latino coexistió con los alfabetos de otros grupos étnicos: así el osco, el volsco, el umbro y el etrusco, entre otros (en este último se sabe de la existencia de “letras mudas”, como la *b*, *d*, *s* y la *o* (Desbordes 1995: 144), que, aunque aparecen registradas, no se emplearon en las inscripciones halladas). Estaba formado por 21 letras, cuya forma y nombre correspondiente aparecen en el siguiente listado:

- A, a = ā
- B, b = bē
- C, c = cē
- D, d = dē
- E, e = ē
- F, f = ēf
- G, g = gē
- H, h = hā (Desbordes 1995: 172)
- I, i = ī
- K, k = kā (Desbordes 1995: 147 y 153)
- L, l = ěl
- M, m = ěm
- N, n = ěn
- O, o = ō
- P, p = pē
- Q, q = kū (posiblemente qō en latín arcaico, que se pronunciaría cū).
- R, r = ěr
- S, s = ěs
- T, t = tē
- V, u = ū

X, x = ěx (Desbordes 1995: 172) o ěx (esta última forma se debe al falso Probo producto de su lectura de Varrón (Desbordes 1995: 183, al considerar que *x* es una semivocal)<sup>2</sup> (Desbordes 1995: 158).

Un problema recurrente en las letras latinas fue el de la pronunciación de la letra H. Para unos consistía en cierta aspiración, para otros fue una letra muda. No en vano, Catulo se burla de un amigo por la afectación de su pronunciación, he aquí el poema:

CHOMMODA dicebat, si quando commoda uellet  
dicere, et insidias Arrius hinsidias,  
et tum mirifice sperabat se esse locutum,  
cum quantum poterat dixerat hinsidias.  
credo, sic mater, sic liber auunculus eius.  
sic maternus auus dixerat atque auia.  
hoc misso in Syriam requierant omnibus aures  
audibant eadem haec leniter et leuiter,  
nec sibi postilla metuebant talia uerba,  
cum subito affertur nuntius horribilis,  
Ionios fluctus, postquam illuc Arrius isset,  
iam non Ionios esse sed Hionios.

Sin embargo, el famoso poema 84 (*ad Arrium*), que para la gran mayoría de autores parece demostrar que esta letra no representaba una aspiración, comprueba, en realidad, lo contrario: la *h*, en el tiempo y grupo social frecuentado por Catulo, se pronunciada como una aspiración. Es la única manera de comprender la doble grafía *chommoda/commoda*, *hinsidias/insidias*, *Hionios/Ionios*. El vicio de Arrio no era escribir mal estas palabras; era su mala pronunciación, que sólo podía ilustrarse escribiendo *h* donde él, inútilmente y por su vana afectación, parecía incorporarla. Ninguna crítica habría recibido de haberse escrito *hinsidias*, tal y como él la pronunciaba. El horror era producto de que pronunciaba una *h* donde no la había. Cabe preguntarse, luego de la ilustración tan brillante del Veronese, cómo leería él mismo el verso 7 de dicho poema: *hoc misso in Syriam requierant omnibus aures*.

¿Influyó esto en el latín vulgar? Pareciera que no: era más una afectación en el hablar de las élites, deseosas de distinguirse y aproximarse al mundo heleno (Desbordes 1995: 15). “En el lenguaje rústico y vulgar, cuando se trataba de imitar la pronunciación de los estamentos cultos, se aspiraba la *h*.<sup>3</sup> Según Nigidio Fígulo, *rusticus fit sermo, si adspires perperam* (Herrero 1971: 31)”. Retornando al “amigo” de Catulo, Arrio,

su problema no consistió en aspirar la *h*, sino en hacerlo con palabras que carecían de ella.

Durante la latinidad tardía y la Edad Media, sin embargo, se tendió a aspirar, tal y como comprueba la grafía *michi* y *nichil*, con pronunciación palatal y el testimonio del propio San Agustín (*Confessiones* I, 18, 29).

Una crítica semejante sufrió la *S* en el pensamiento de Mesala. Otras letras fueron condenadas por “inútiles” a causa de la confusión fonética y gráfica entre ellas (nótese la semejanza de pronunciación entre *c*, *k* y *q* -el latín no distinguió la oposición [ke]/ [ka]/ [ku]- cuyos nombres, posiblemente, llegaron a ser idénticos; en el caso de la letra *q*, con toda seguridad su denominación se escribió en algún momento *qu*).

La discusión surgida respecto de la correcta ortografía de *quotidie/cotidie*, en la que participaron figuras como Cornuto, Quintiliano y Longo, no sólo respondió a consideraciones etimológicas (*a quot diebus*, *a continenti die*, fueron algunas opciones planteadas -Desbordes 1995: 166): su trasfondo es cómo lo pronunciaban los latinos. Longo (GL VII, 53, 16) recoge las grafías *qis*, *qae*, *qid* en lugar de *quis*, *quae*, *quid* (él explica que en la *q* está la *u* - Desbordes 1995: 176). Si existía la escritura *cotidie* fue porque así se pronunciaba: no en vano en español se obtuvo *cotidiano*.

Por esto, precisamente, existe la doble grafía *equuslecus* (Desbordes 1995: 175).

La *m* en interior de palabra fue afectada por su entorno (¿acaso hay algún fonema que no lo sea?), así coexisten las grafías *impello* *inpello* (Desbordes 1995: 161), que reproduce la pronunciación vulgar.

Festo atribuye a Ennio la notación de las consonantes dobles, consecuencia probable de “un análisis que siente que, en determinados puntos del flujo oral, una sucesión de *dos unidades* conviene ser representada por una sucesión de *dos signos*.” (Desbordes 1995: 26).

La propuesta enniana reconoció una oposición fonológica importante que debía reproducirse gráficamente: el habla incidió en la ortografía.

Según los gramáticos antiguos, las geminadas se articulaban como dos sonidos diferentes. La fonología ha demostrado que no era así, sino que se pronunciaban con una sola articulación, pero fuerte y prolongada, que daba la impresión de que se articulaba dos veces la misma consonante, fenómeno al que ayudaba la costumbre ortográfica (Herrero 1971: 36).

## 6. Algunos fenómenos del latín vulgar

A continuación se expondrán algunos fenómenos del registro vulgar.

Un ejemplo de esto es la sinéresis o sínecsis (contracción de vocales continuas en una sola sílaba). Tuvo lugar algunas veces en *idem* equivale a *iŕsdem* (*iŕsdem*), *eādem* (*eādem*), *lingŭa* (*lingŭa*), *eāmus* (*eamus*), *fuŕsti* (*fuisti*), *deŕnde* y en las siguientes formas arcaicas: *meŭs*, *suŭs*, *deŭs* usadas como monosílabos.

En Plauto la sínecsis se produce en diversas combinaciones: *ua*, *uo*, *ue*, *ui*, *ie*, *ea*, *eo*: *suarum*, *tuorum*, *duellum*, *fuisse*, *diebus*, *mearum*, *eorum* (en todos estos casos, se ha formado un diptongo, cuando la segunda vocal debió ser larga).

La diéresis (división) es otro de esos procesos. Para algunos, es un arcaísmo, lo cual es cierto en determinadas voces; pero la realidad es que “no es un artificio de los poetas”. En Plauto se encuentra las formas *cŭi* (*cuī*) y *hŭc* (*huīc*).

La síncope (supresión de una sílaba en el interior de una palabra) es otro fenómeno presente en *di*, en lugar de *dii*, *Antoni* por *Antonii* (la sinéresis se convierte en síncope). Aunque es una figura retórica, tiene lugar en el habla vulgar de todas las lenguas.

Las formas contractas de los verbos latinos (*amarunt=amaverunt*, *nutribam=nutriebam*); la conjugación verbal respondió a un fenómeno propio de los hablantes latinos; se trata de la regularización del paradigma que, de esta forma, uniformaba la posición del acento en la conjugación. Las inscripciones de Pompeya ofrecen ejemplos de síncope más allá de las formas contractas: *exmuccaut* por *exmucauit*,



*pedicaut* por *pedicauit* y *maldixit* por *maledixit*. Otros verbos latinos presentaron síncope de la sílaba *ui*: *audít*<*audíuit*, *fumát*<*fumáuit*, *inritát*<*inritáuit*, *disturbát*<*disturbáuit*. En estos últimos ejemplos, alguna pronunciación mantuvo el acento en la posición originaria (sin síncope), lo que originó palabras agudas; otra, regularizó la pronunciación a grave o esdrújula de acuerdo con los principios generales de la prosodia latina.

El latín vulgar raramente pronunciaba la vocal de la penúltima breve (ergo, postónica), lo que produjo distintos dobles, especialmente en los siguientes casos:

- a) entre consonante y *l*: *óclul*/*óculu*, *auríclal*/*aurícula*, *másclul*/*másculu*, *fundíblum*/*fundíbulum*. El Appendix Probi confirma que la caída de la postónica tuvo especialmente lugar en la formación del grupo *cl* (en vez del clásico *cŭl*), cuando se censuran: *speculum*, *articlus*, *masclus*, *oclus*, *oricla*, *veclus*; y del conjunto *bl* (<*bŭl*) (Menéndez 1985: 75):

*tabula non tabla*, *tribula non tribla*.

- b) entre *r* o *l* y *p*, *m*, *d* o *t*: *lárdul*/*lárĭdu*, *cólpu* (*cólăphus*, esp. *golpe*), *cáldul*/*cálĭdu*, *sóldu* (*sólĭdu*, esp. *sueldo*), *pólpu* (*polypu*, esp. *pulpo*), *cálmus* (*cálămus*, esp. *calmo*); *úirde* (*uírĭde*, esp. *verde*), *érmus* (*ěřămus*, esp. *yermo*), *lárdu* (*lárĭdus*, esp. *lardo*)

*colpu* y *calmu* ilustran que incluso la *a* sufría síncope en el latín vulgar; sin embargo, dejó de perderse en romance (Menéndez 1985: 77). Su debilitamiento es notorio en el Appendix Probi que previene:

*amygdăla*, *non amidđula* (> esp. *almendra*)

donde la *a* sufrió asimilación al sufijo latino *-ĭlu*.

- c) entre *s* y *t*: *pósta* (*pósĭta*, esp. *puesta*). *calđus* es voz empleada por los mismos autores clásicos. Otros ejemplos son *domnus*, en vez de *domĭnus*, tal y como aparece en Plauto y numerosas inscripciones (Menéndez 1985: 74).

Un debilitamiento semejante podía sufrirlo la sílaba protónica, tal y como muestran estos ejemplos: *pinaria* < *penaria*, *fistuca* < *festuca*, *disciplina* < *discipulina* o el paso de *uă* > *uŏ* en la misma posición cuando se trataba de una sílaba abierta: *uăcare* > *vocare*, *uăciuos* > *uociuos* (Herrero 1971: 50).

En posición postónica se encuentra un misterioso sonido, que no era ni *u* ni *i*, comentado por numerosos gramáticos y que explican que en latín arcaico la palabra se escribiera con *u* y posteriormente se escribiera con *i*, aunque también se admitió la *u*. Ejemplo de este grupo de voces son: *maxumus*/*maximus*, *optumus*/*optimus*, *lacruma*/*lacrimae*, *intumus*/*intimus*, *pulcherrumus*/*pulcherrimus* (Cornuto, GL VII, 150, 10). Sin embargo, este sonido gozó de autonomía fonética en latín, tal y como comprueba su aparición en sílaba tónica: *arispex*/*aruspex* (Desbordes 1995: 197).

Esta variación fonética se debió a que, probablemente, la *u* se pronunciaba ligeramente abierta, mientras que la *i* ligeramente cerrada, dando origen a su confusión y alternancia.<sup>4</sup>

La *u* abierta entre dos vocales del mismo timbre solía desaparecer ante una sílaba sin acento como en *ditis* < *dúitis*, *sis* < *sí uis*, *delerunt* < *deléuerunt*, *latrina* < *lauatrína*, *prorsus* < *próuorsus* (Herrero 1971: 50).

La caída de la vocal breve postónica es un fenómeno presente incluso en el latín clásico: el supino de distintos verbos de la tercera conjugación lo demuestra: *captum* (*cap-i-tum*), *rectum* (*reg-i-tum*).

En nuestra lengua, la existencia de voces como *liberar* y *librar*, confirma este principio.

El debilitamiento sufrido por la vocal de la sílaba anterior y posterior a una sílaba tónica está asociada a otro fenómeno prosódico: el abreviamento yámbico (*correptio iambica* o ley de la *brevis breuians*), empleado por escritores coloquiales, principalmente Plauto. Después de una vocal breve, era posible abreviar la vocal larga inmediata siguiente, si el acento prosódico recaía en aquella sílaba o en la que seguía a la larga. Así, en el latín clásico destacan, por ejemplo: *bĕně* por *bĕnĕ*, *măĭě* por *măĭĕ*, *ĕgŏ* por *ĕgŏ*, *dĕŏs* por *dĕŏs*, *ămă* por *ămă* ... Este

fenómeno demuestra la importancia del acento por sobre la cantidad vocálica, sin lugar a dudas, su origen se encuentra en el habla coloquial, proceso que condujo a las lenguas romances (para otros, es una prueba rotunda del carácter intensivo, no musical, del acento latino -Herrero 1971: 49).

La gramaticalización de estos y muchos otros procesos fonéticos fue algo común en el latín. En algunos casos, redundó en la existencia de dos o más grafías distintas para una misma conjugación verbal: *adfuī* y *āfuī*, *adfuī* y *affuī*, *adfērō* y *affērō* son claros ejemplos de escrituras derivadas de leyes fonéticas, no ortográficas. Dado que así se pronunciaban, así se escribían.

Apócope: Es la omisión de la vocal final ante consonante inicial: *nec* por *neque*; *ac* por *atque*, *neu* por *neve*.

Tal y como puede apreciarse en los últimos tres ejemplos, muchas de estas «anomalías» llegaron a gramaticalizarse en la forma del propio latín clásico.

La *ě* fue una vocal generalmente afectada. Su pérdida en el final de una palabra permitió que aparecieran palabras agudas en latín (que coexistieron, aparentemente, con sus formas correspondientes graves): *illíc*<*illíce*, *istúc*<*istúce*, *istínc*<*istínce*, *adhúc*<*adhúce*, *tantón*<*tantóne*, *audín*<*audísne*, *satín*<*satísne*, *dixín*<*dixíne*, *nostín*<*nostísne*, etc. (en todos estos ejemplos, la vocal acentuada era larga por posición o por naturaleza) (Herrero 1971: 59).

Algunas formas de imperativo, derivadas de los verbos *dico* y *duco* presentaron este apócope: *addíc*<*addíce*, *addúc*<*addúce* y *olfác*<*olfáce*.

Elisión y sinalefa: Elisión: Una palabra terminada en vocal o diptongo, seguida de otra palabra que comienza por vocal o *h* muda, en poesía la sílaba final no se contaba. La sinalefa propiamente dicha tuvo lugar ante el encuentro de una sílaba final en *-m* con una inicial en vocal o *h* muda: En estos casos, usualmente la pronunciación ligaba ambas sílabas fundiéndolas, aunque podía llegar, en el caso de la elisión completa, a suprimir la pronunciación de la primera parte (correspondiente al final de la palabra): *fōrtiāque adversis*, *magno habet*, *magnum altērūs*.

Una muestra de la elisión completa es ilustrada en el libro III de la *Rethorica ad Herenium* cuando, como recurso mnemotécnico se emplea el nombre *Domitii* por los sintagmas *domum itionem*, aprovechando que la sílaba final terminada en *-m* se elidía (Verrio, gramático latino, proponía que en este caso no se escribiera una *m* entera sino la mitad (Velio Longo, GL VII, 80, 18 y Verrio, fragmento 13, Funaioli - Desbordes 1995: 195)).

El propio Cicerón indica a este respecto: *nemo tam rusticus quin vocales nolit coniungere* (*Orat.* 150, en igual sentido, aconseja esta unión en *Orat.* 44, 149).

El epitafio de L. Cornelio Escipión carece casi siempre de la *m* final. En inscripciones plebeyas, en ocasiones se encuentra la *n* por la *m* (Herrero 1971: 16). Sabido es que en las lenguas romances la *-m* final desapareció, a excepción de un reducido número de monosílabos acentuados. Tal y como puede apreciarse, este fenómeno se originó en el latín vulgar y arcaico y perduró durante toda la vida de Roma, incluida la pronunciación durante el período clásico.

En el interior de palabra la *m* en ocasiones sonaba *n*, por lo que coexisten las grafías *tantundem/tantumdem*, *nuncubi/numcubi*, *nunquis/numquis*, *nunquam/numquam*, *anceps/amceps* (Prisciano, GL II 29, 8 y, los tres últimos pares en Plinio, GL II, 29, 15).

Otra consonante al final de una palabra que no se pronunciaba era la *-s* ante consonante inicial de la palabra siguiente. Su elisión tuvo lugar en la época arcaica, en las obras de Lucilio y Catulo, pero también en la lengua popular (Herrero 1971: 168). Para Cicerón, era un rasgo *subrusticum* omitirla después de vocal débil o ante una inicial consonántica (*Orat.* 161), su pronunciación fue un rasgo de *urbanitas* (Herrero 1971: 36) (En Desbordes 1995: 256, se indica que se elidió alrededor del 50 a. C., pero para la época de Mesala se volvió a pronunciar, no así, creo yo, en el latín vulgar, en lo que sigo a Herrero).

Marco Valerio Mesala Corvino, durante la época de Augusto, escribió una obra *Sobre la letra S*: mostraba que la *S* no era una «verdadera» letra, sino que era la representación de un simple



silbido que tendía a desvanecerse en el flujo de la lengua oral (como la [m] al final de la palabra) (Desbordes 1995: 57).

Estos fenómenos tenían mayor incidencia cuando la vocal de la sílaba final de palabra era breve.

## 7. Conclusión

La exposición anterior ha mostrado cómo los procesos de transformación que dieron origen a las lenguas romances a partir del latín vulgar permiten describir el surgimiento de un importante ámbito del latín clásico a partir de este último. Se espera que esta visión permita conciliar el estudio de ambos registros y posibilite comprender de mejor manera el latín clásico. Quizás, este proceso pueda expresarse mediante una sencilla ecuación:

aula:olla::aurum:oro

que se lee: *aula* (del latín vulgar) es a *olla* (del latín clásico) como *aurum* (del latín) es a *oro* (del español). En efecto, gran parte de lo que conocemos como latín clásico no es más que el resultado de lo que fue el latín vulgar del período arcaico. Esta perspectiva permite apreciar que *olla* del período ciceroniano fue el producto evolutivo del arcaísmo *aula/aula*.

En el siglo I a. C., Marco Terencio Varrón, nacido en el 116 a. C. en la sabina *Reate* (hoy Rieti), había detectado estos procesos.

(...) *et multa verba aliud nunc ostendunt, aliud ante significabant, ut hostis: nam tum eo verbo dicebant peregrinum qui suis legibus uteretur, nunc dicunt eum quem tum dicebant perduellem.*

También muchos vocablos ofrecen en la actualidad un significado distinto del que antaño tenían, como *hostis*: con este término antiguamente designaban al extranjero que se atenía a sus propias leyes patrias; hoy día lo aplican a aquella persona que los antiguos calificaban de *perduellis* (enemigo) (Varrón 1990: 4-5).

Otros cambios se aprecian en el empleo de derivados, que atestigua el mismo Varrón:

*Locus est ubi locatum quid esse potest, ut nunc dicunt, collocatum.*

Locus es donde un objeto puede estar localizado (*locatum*) o, como hoy día dicen, colocado (*collocatum*) (Varrón 1990: 11-12).

Asimismo, al habla de los romanos atribuía que el sintagma *pater familias* -con genitivo sigmático arcaico- se usara en plural como *patres familias*, en lugar de *patres familiarum* que habría correspondido de acuerdo con la gramática latina (en este sentido véase Varrón 1990: 335).

*Multa sunt item in hac specie in quibus potius consuetudinem sequimur quam rationem verborum.*

Hay muchos casos semejantes en este tipo de formaciones, en que seguimos más el uso que la norma (Varrón 1990: 324-325).

Igual explicación tiene para él el doblete etimológico *balneum/balneae*, por su orden, *el baño* y *los baños* (públicos). Aquí, el primer miembro solo se usó en singular, mientras que el segundo en plural. El segundo procede del primero en forma analógica a través del neutro plural *balnea* (inexistente en el uso), evidentemente, el morfema -a asocia esta voz con la primera declinación, lo que permite derivar *balneae*. Por especialización en el uso de los hablantes llegó a uniformarse el uso numérico apuntado.

En el plano verbal, Varrón nos ofrece este ejemplo:

*Qui quid administrat, cuius opus non extat quod sub sensum veniat, ab agitato, ut dixi, magis agere quam facere putamus; sed quod his magis promiscue quam diligenter consuetudo est usa, traslaticiis utimur verbis: nam et qui dicit, facere verba dicimus, et qui aliquid agis, non esse inficientem.*

Cuando alguien realiza algo cuyo resultado no es un objeto tangible que se perciba con los sentidos, es preferible decir que lo ha llevado a cabo (*agere*) -derivado de *agitatus* (en acción), como ya he dicho- en vez de decir que lo ha hecho (*facere*). Pero dado que se ha impuesto la costumbre de emplear tales términos indiscriminadamente más que con precisión, utilizamos estas palabras con sentido traslaticio;

y así, cuando alguien habla, decimos *facere verba* (lit., hacer palabras, hablar); y que el que lleva a cabo algo (*agit*) no está inactivo (*ineficiens*) (Varrón 1990: 196-197).

## Notas

- 2 Los nombres modernos de estas letras parecen estar asociados a la denominación acuñada varios siglos después en la región oriental del imperio. De acuerdo con H. I Marrou (1956:352), un papiro descubierto en Egipto consigna los siguientes nombres en caracteres griegos: (a) α, (b) βη, (c) χη, (d) δη, (e) ε, (f) ιφφε, (g) γη, (h) δασια, (i) ι, (k) κα, (l) ιλλε, (m) υμμε, (n) τυνε, (o) ο, (p) πη, (q) κου, (r) ιππε, (s) ισσε, (t) τη, (u) ου.
- 3 En español, podría encontrarse cierto rasgo aspiratorio en la pronunciación de *ahhhh* (interjección empleada en la publicidad de bebidas, en especial, las gaseosas; y en la frase adverbial *ha dos horas que lo ví*, donde *ha* se pronuncia distinto de la *a* en *a dos horas que lo ví, lo mataron*).
- 4 Uno de mis apreciados clientes se dedica a la agricultura en la provincia de Cartago. Durante una cita, el 23 de enero del 2007, escuché que a diferencia de sus hijas, el pronunciaba *chumenea*, en lugar de *chimenea*: situación próxima al tema comentado.

## Bibliografía

- Codoñer, Carmen (ed.). 1997. *Historia de la Literatura Latina*. Madrid: Ediciones Cátedra, S. A..
- Desbordes, Françoise. 1995. *Concepciones sobre la escritura en la Antigüedad Romana*. Primera edición. Madrid: Editorial Gedisa, S. A.
- Herrero Llorente, Víctor-José. 1971. *La lengua latina en su aspecto prosódico, con un vocabulario de términos métricos*. Madrid: Editorial Gredos, S. A.
- Menéndez Pidal, R. 1985. *Manual de gramática histórica española*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Mortara Garavelli, Bice. 2000. *Manual de retórica*. Tercera edición. Reimpreso. Madrid: Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.).
- Plauto. 2007. *Aulularia, Bachides, Miles gloriosus*. www.thelatinlibrary.com, fecha de consulta: 1º de septiembre de 2007.
- Quirós Rodríguez, Manuel Antonio. 2004. *Latín hablado y latín clásico*. Primera edición. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Väänänen, Veiko. 1968. *Introducción al latín vulgar*. Madrid: Editorial Gredos, S. A.
- Varrón. 1990. *De lingua latina*. Edición bilingüe. Introducción, traducción y notas de Manuel-Antonio Marcos Casquero. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Warmington, E. H. (ed.). 1988. *Remains of old latin. Ennius, Caecilius*. Volume I. Reprinted. London: Leob Classical Library.
- Warmington, E. H. (ed.). 2000. *Remains of old latin. Archaic inscriptions*. Volume IV. Reprinted. London: Leob Classical Library.
- Warmington, E. H. (ed.). 2001. *Remains of old latin. Livius Andronicus, Naevius, Pacuvius, Accius*. Volume II. Reprinted. London: Leob Classical Library.
- Warmington, E. H. (ed.). 2004. *Remains of old latin. Lucilius, The twelve tables*. Volume III. Reprinted. London: Leob Classical Library.